



Título de la obra:
Precipitación horizontal entre el Rodne

Autor:
Sandra Mesa

Técnica:
Acrílico con espátula

Año:
2005



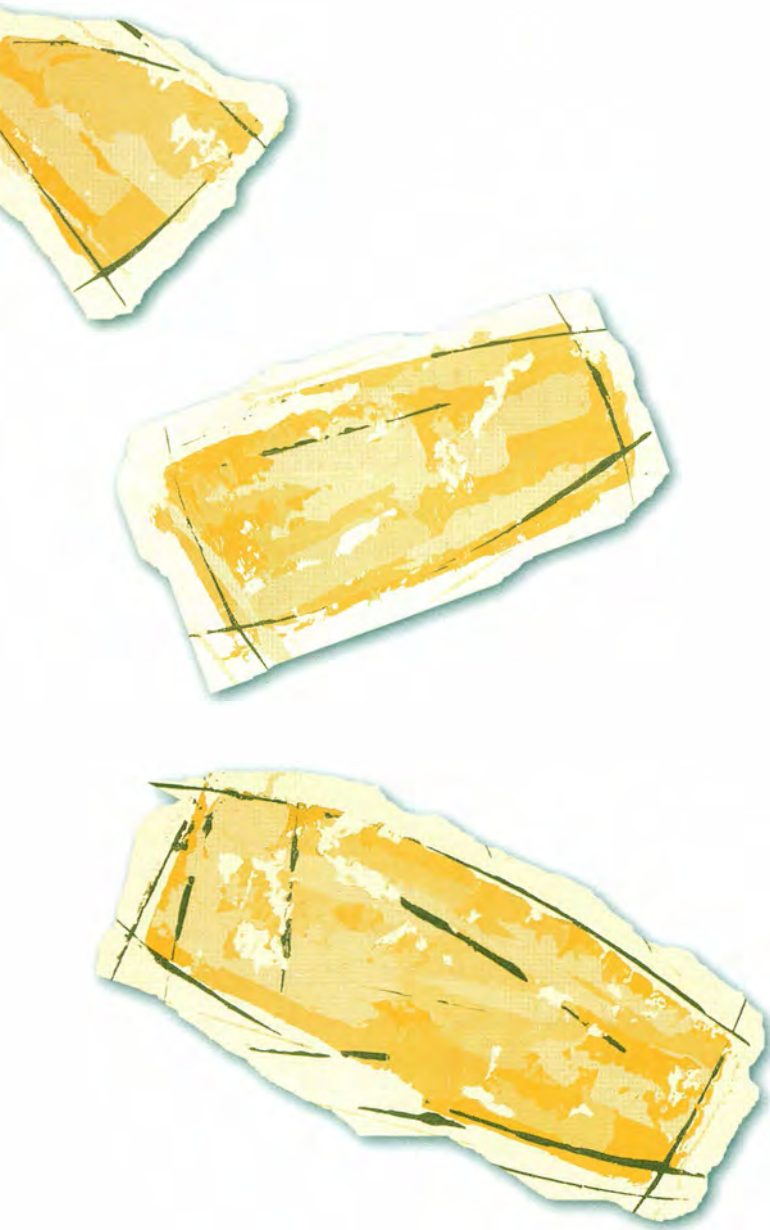
Mons.
RINO
FISICHELLA
Presidente
Consejo Pontificio para la
Promoción de la Nueva Evangelización
Ciudad del Vaticano

1. UNIVERSIDAD CATÓLICA Y EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA



Una forma privilegiada para evangelizar la cultura

“Un contexto como el académico invita de manera del todo peculiar a entrar en el tema de la crisis de cultura y de identidad que estos decenios ponen, no sin dramatismo, bajo nuestros ojos. La Universidad es uno de los lugares más calificados para encontrar los caminos para salir de esta situación. En la Universidad, de hecho, se custodia la riqueza de la tradición que permanece viva en los siglos; en ella puede ser ilustrada la fecundidad de la verdad cuando es recibida en su autenticidad con ánimo simple y abierto. En la Universidad se forman las nuevas generaciones, que esperan una propuesta seria, imperiosa y capaz de responder en nuevos contextos a la perenne pregunta sobre el sentido de la propia existencia”.

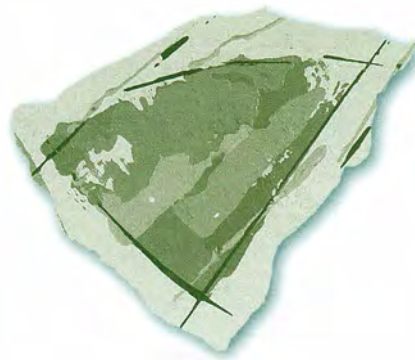


Estas palabras del Santo Padre pronunciadas en una de sus visitas a la Universidad Lateranense me parecen sumamente oportunas para comenzar mi reflexión sobre el rol que la universidad está llamada a desempeñar en la evangelización de la cultura. Dichas expresiones invitan a verificar el camino que cada universidad está llamada a seguir para corresponder coherentemente a su identidad como lugar privilegiado para la investigación y la formación. En un período como el nuestro, caracterizado por profundos cambios culturales que permiten corroborar el final de una época y el inicio de una nueva fase en la historia de la humanidad, no es secundario reflexionar acerca de cómo una institución tan antigua y tan moderna como la universidad puede contribuir, por su parte, a crear nueva historia y verdadero progreso.

Una mirada a la historia, además, mostraría con evidencia cómo las premisas, la fundación y el desarrollo de esta institución pertenecen a la Iglesia en su capacidad de saber recoger los signos de los tiempos en el cambio de la vida de los pueblos para ofrecerles una respuesta adecuada. La Universidad pertenece con todo derecho a la obra de evangelización de la cultura y de la sociedad cumplida desde siempre por los cristianos. Si se observa, aunque sólo sea brevemente, su génesis, esto se advierte de inmediato. En 1200, en París, se abre la primera universidad con el estudio de la teología en el centro, seguida inmediatamente por la de Boloña para la especialización de los estudios de derecho; en Nápoles, la universidad será fundada en 1224 y desde aquí es posible ver un crecimiento continuo de las instituciones: en Salamanca en 1254, en Perugia en 1308, en Cracovia en 1364 y Florencia en 1349. 1936: la Universidad Católica de Medellín, que hoy celebra el 75 aniversario de su fundación y que se ubica en el contexto del país

y de las iglesias en Colombia como un punto de referencia fundamental. Agradezco de corazón al Rector y a las autoridades académicas que me han invitado para celebrar este momento solemne. Mi pensamiento agradecido al Arzobispo de Medellín, don Ricardo Tobón Restrepo, cuya presencia me honra y que valoro por su generoso empeño pastoral. Antes de partir he podido avisarle al Santo Padre de esta visita y estoy autorizado a traerles sus saludos y su bendición en esta especial circunstancia. Lo mismo el Cardenal Secretario de Estado, su Eminencia Tarcisio Bertone me encarga traer su saludo y su felicitación.

El paso de un estudio encerrado entre las paredes del monasterio a una investigación llevada a cabo en el corazón de la ciudad es el signo más visible del cambio acaecido en el curso de algunos decenios. Aquello que había enfrentado a Abelardo y Bernardo, aproximadamente un siglo antes, ahora, con el surgimiento de las universidades, se hace visible y concreto. La ciencia entra de lleno en la vida y en la organización de la sociedad. Es el momento en que, junto a la teología, se enseñan las ciencias liberales; la jurisprudencia parece ocupar un rol siempre más predominante, así como comienza a asomar la medicina. Al platonismo de un tiempo lo sustituye el conocimiento de Aristóteles, mientras la salida del feudalismo marca el paso con el surgimiento de las primeras comunas y de las ciudades. El intercambio entre las naciones, en fuerza de un desarrollo del comercio, se incrementa, y todo deja entrever una nueva comprensión del hombre, de su vida y del mundo. El hombre de la Edad Media ya no es pasivo frente al mundo –si acaso lo había sido antes–; ahora se atreve a interrogar la creación, yendo más allá del asombro y el temor precedentes para poner las eternas preguntas acerca de los principios y la existencia de la realidad.



La verdad reclama fundamento

La reflexión de Benedicto XVI coloca en el centro de su discurso sobre la universidad el tema de la “fecundidad de la verdad”. Puede ser éste el primer paso que estamos llamados a dar para entrar en el mérito de la cuestión. Un primer objetivo que la universidad debería fijarse es la búsqueda perenne de la verdad y su indagación sobre cuanto aporta como patrimonio de la humanidad. Tiendan siempre hacia la verdad, ella contiene en sí misma ese espacio de bondad y belleza que son condición de verdadera cultura. La instancia de la verdad no es una bella exhortación que se puede ofrecer a un público distraído, sino la premisa fundamental e insustituible a la que debe corresponder una institución tan culturalmente determinante como la Universidad. Existe un lazo indisoluble entre la verdad y el bien que en ella está contenido. La verdad no es nunca una idea abstracta, sino la condición para corresponder al bien genuino que una persona y con ella la sociedad necesitan. Verdad y bondad, por otra parte, se han conservado siempre juntas desde los albores de la reflexión filosófica, que colocó al lado de ellas la belleza como tercer trascendental capaz de captar el ser verificando su existencia. Verdad y bondad, entonces, se atraen mutuamente, mostrando la relación íntima que lleva a individualizar el bien de todos y en particular de la

persona y la condición necesaria para que haya respeto por su dignidad. Sin la adquisición de estos dos principios, que señalan el fundamento de una sociedad democrática, no se podría pensar en tener un sistema jurídico y de gobierno capaz de responder a las exigencias modernas de los ciudadanos. Por esta razón se deben compartir las palabras de Benedicto XVI cuando escribe: "La primera contribución que la Iglesia ofrece al desarrollo del hombre y de los pueblos no se sustenta en medios materiales o en soluciones técnicas, sino en el anuncio de la verdad de Cristo que educa la conciencia y enseña la auténtica dignidad de la persona y del trabajo, promoviendo la formación de una cultura que responda verdaderamente a todas las preguntas del hombre". Como se advierte, la verdad es colocada una vez más como la premisa de toda genuina y coherente praxis de formación que la Iglesia persigue en su obra de evangelización.

Desde la perspectiva de la Universidad, esto comporta la capacidad de hacerse cargo con convicción y responsabilidad de la conquista de la verdad, que constituye el deber peculiar del mundo académico. La verdad permanece como el motor propulsor y el objetivo final de toda investigación y, por lo tanto, se convierte en el fin primario del estudio y de la enseñanza. En la medida en que se sea capaz de mirar con pasión a la verdad se estará también en condiciones de hacer un aporte significativo al actual momento de cambio cultural y generacional que el occidente entero –y no sólo él– está viviendo. Si no fuéramos responsables por la verdad *sic et simpliciter*, tendríamos poco de original para decir al mundo. Éste, siempre más orientado hacia una conquista tecnológica, parece olvidar que cuando ha creado verdadero progreso, que se ha instalado en las sociedades al punto de convertirse en cultura, se dio, en primer lugar, por el hecho

de que el hombre ha sabido buscar la verdad en virtud de la verdad y ha querido conjugar esta búsqueda en el respeto y en la coherencia de las leyes inscritas en la naturaleza.

A mi modesto modo de ver es, entorno a este tema, probablemente, como se resuelve el nudo del pasaje epocal en el cual estamos inmersos. Depende de si se quiere permanecer en la ilusión nietzscheana según la cual "¡Buscar la verdad por la verdad es superficial! No queremos ser engañados. Ello ofende nuestro orgullo"; o bien si se posee el coraje de adentrarse con mayor convicción en el desafío cristiano según el cual "La verdad os hará libres" (Jn 8,32). Seguir este camino equivale a saber que dura toda la existencia; lo recordaba con una expresión sintomática S. Agustín cuando decía: "Buscamos con el deseo de encontrar y encontramos con el deseo de buscar aún". La verdad de la que hablamos, sin embargo, no se busca en la soledad ni es pensada de manera estática: todo lo contrario. Ella es fruto de una perenne colaboración y cada estadio alcanzado constituye siempre y solamente una etapa que empuja hacia la plenitud que sólo el futuro podrá otorgar como don definitivo (cf. Jn 16,13).

En este horizonte, de todos modos, se descubre concretamente la naturaleza y el rol de la Universidad. Ella nace para conocer la verdad y de ese modo se pone al servicio de que la existencia personal pueda ser siempre más humana y empujada hacia formas de vida social cada vez más dignas de ser vividas. Con una mirada incluso distraída resultará siempre evidente que no obstante las conquistas más desconcertantes que la ciencia realiza, la vida personal está permanentemente signada por la precariedad y por la debilidad; esto conlleva, en consecuencia, una ruptura de los vínculos sociales que impide crecer

hacia una responsabilidad común por el bien de todos. Quién se sentiría en grado de contradecir la sabia reflexión de Pascal: "El hombre es sólo una caña, la cosa más frágil en la naturaleza; pero esta caña piensa. No es necesario que todo el universo se arme para destruirlo; un vapor, una gota de agua son suficientes para matarlo. Pero incluso si el universo lo aplastase, el hombre sería siempre más noble que quien lo mata, porque él sabe que muere, y tiene conciencia de la superioridad que el universo tiene sobre él, mientras que el universo no lo sabe en absoluto". Estamos siempre ubicados, por ende, al final de un comienzo que permitirá atravesar espacios y tiempos para encontrarse siempre con el misterio que cada hombre representa delante de sí mismo. Una sociedad que olvidase la sacralidad de la existencia personal y de su dignidad como un misterio insondable caería fácilmente en el hacer de cada uno un mero producto de consumo; una mercancía que puede ser vendida y comprada a su gusto. El alto índice de desocupación, que prolonga de ma-

nera increíble la inserción de los jóvenes en la responsabilidad social, la ilusión de una realización propia en un suceso efímero no hacen sino banalizar la existencia personal en detrimento de la verdadera libertad.

El sentido del saber académico, sin embargo, encuentra precisamente en esta realidad su punto fuerte. La Universidad tiene por vocación el hallazgo de razones siempre nuevas para aportar al sentido de la existencia personal; su fin último es mostrar que la grandeza del hombre es siempre y únicamente la verdad. Una verdad, sin embargo, que como tal se abre para reconocer su fundamento último en la presencia de Dios que orienta el corazón y la mente del hombre a conocerse él mismo y el fin hacia el cual está dirigido. Quienquiera que vive de estupor y asombro estará siempre en búsqueda de un nuevo saber y en virtud de éste interroga; el erudito, por su parte, lo hace teniendo delante de él la creación y sus misterios. Incluso en este caso, sin embargo, él está siempre movido por el deseo y por la voluntad de buscar la verdad aun padeciendo la falta de sentido y, por paradójico que pueda parecer, de profesionalismo. Si el descubrimiento del ADN estuviese sólo dirigido a la curiosidad por entrar en los pliegues de la composición estructural del individuo, sería estéril y probablemente también inútil si no estuviese acompañado por el deseo de responder todavía más directamente al misterio que envuelve la existencia personal.

Éste es ciertamente un espacio en el cual encuentra significado la Universidad, llamada a conjugar la investigación sobre la verdad y la atención a cada persona para que encuentre en la docencia no una abstracción de conceptos, sino una pasión por el hombre. La recepción a cada estudiante tendría que ser en la Universidad la instancia primaria para permitir que cuantos quieren buscar la vía de la verdad, bajo la guía de verdaderos maestros, encuentren también personas creíbles en quienes depositar su confianza. Vuelven con vigor, en este punto, términos como “maravilla” y “estupor” como principios en los cuales inspirarse para que nuestra investigación, el estudio y la docencia puedan reencontrar pasión por un conocimiento siempre nuevo en el descubrimiento de la verdad. Sobre este tema escribía líneas de profunda actualidad R. Guardini: “Quien habla diga lo que es, y cómo lo ve y lo entiende. Entonces, que exprese también con la palabra cuanto él lleva en su interior. Puede ser difícil en algunas circunstancias, puede provocar fastidios, daños y peligros; pero la conciencia nos recuerda que la verdad obliga; que ella tiene algo de incondicionado, que posee alteza. No se dice: Tú la puedes decir cuando te gusta, o cuando tienes que alcanzar un objetivo; sino: Tú debes decir, cuando hablas, la verdad; no la debes ni reducir ni alterar. Tú la debes decir siempre, simplemente; aun cuando la situación te indujera a callar,

o cuando puedes sustraerte con desenvoltura de una pregunta”. Hay un imperativo, pues, del que no se puede ni se debe huir: atestiguar que la verdad debe retomar su lugar y su coherente colocación no sólo en el organigrama de las ciencias, sino sobre todo en la vida de las personas para que puedan arribar a una existencia plena de sentido, capaz de asumir responsabilidad verdadera en lo que respecta a la sociedad. Si la Universidad fuese sólo un ambiente para recorrer una carrera más o menos de éxito o un prestigio de fachada, mostraría evidentes síntomas de una patología grave a la cual debe poner, urgentemente, remedio. Si, al contrario,

ella se convierte en escuela de vida y espacio fecundo que incita a la mente a descubrir horizontes siempre nuevos de la única verdad, entonces su función vuelve a ser verdadero instrumento de promoción social y cohesión interpersonal. La Universidad, de este modo, reitera que es el espacio donde reportar los cambios y el motor de arranque de una verdadera acción de un avance cultural.

“
...ella se
convierte
en escuela de
vida y espacio
fecundo
que incita a
la mente
a descubrir
horizontes siempre
nuevos...
”



El discernimiento de los valores

En la Universidad, más que en cualquier otro lugar, es posible ver el transcurrir del tiempo y de las estaciones con una mirada más atenta y perspicaz. El paso de las épocas para nosotros no es sólo materia de enseñanza, sino experiencia de vida que nos compromete directamente en la medida en que somos capaces de asir la instancia implícita en cada cambio. Es importante y urgente que la Universidad recupere el rol central en la individuación, interpretación y orientación de los movimientos culturales; si permaneciese al margen, sería no sólo su derrota, sino la "puesta a cero" de siete siglos de historia. Un espacio como el académico debe ser capaz de percibir la grandeza de los valores que momentos de la historia ponen ante las diversas generaciones; una pedagogía como ésta permite crecer en la certeza de la respuesta para dar a la pregunta de sentido y a la exigencia del cambio cultural.

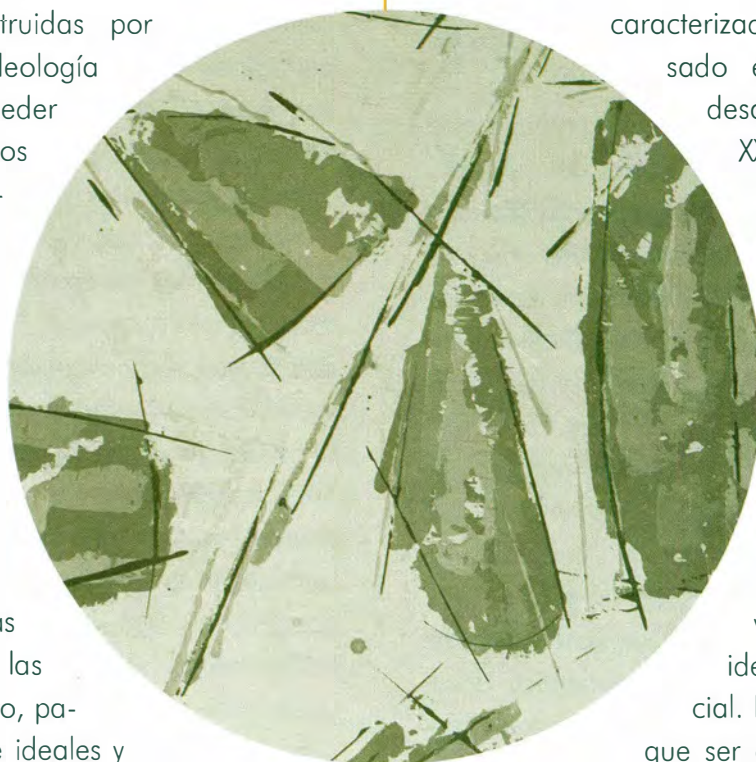
Cuanto más alto es el valor que se presenta y es presentado como objetivo de vida, tanto más



colma de sentido la existencia. Cuanto más se percibe el verdadero progreso que implica desarrollo y no alteración, tanto más se reducen los espacios para los conflictos sociales y, también, las diferencias son asumidas como riqueza y no como choque de cultura. Es evidente que todos estamos comprometidos con los valores tocantes a la existencia; los necesitamos porque constituyen el pan cotidiano del vivir personal y civil. Estos valores se mueven en el orden de la plausibilidad, de la utilidad y de aquello que hace importante y comprometedor la relación interpersonal. Hay, sin embargo, valores que pertenecen a lo específico de nuestro mundo académico y que nosotros estamos llamados a hacer redescubrir de cuando en cuando y proponer nuevamente con fuerza y convicción siempre mayores. Son aquellos valores que pertenecen por derecho al desarrollo del pensamiento, al progreso de la humanidad y a la dignidad de la persona: la belleza, la verdad, la fidelidad, la investigación, la pasión por el estudio e incluso el amor... Son términos que no conocen el transcurrir del tiempo. En algunos momentos, lamentablemente, fueron sometidos al olvido de su significado originario, pero necesitan ser visitados de nuevo con convicción siempre mayor, sobre todo en los momentos de cambio de época. Nadie entre nosotros puede correr el riesgo, hablando de valores, de confundir lo que es esencial con cuanto, en cambio, es efímero e instrumental. Debemos ser capaces de volver a presentar en modo tal que cuanto ha sido patrimonio de generaciones enteras no se pierda a causa del gusto por una novedad efímera, fruto de cálculo económico más que de amor a la vida.

Si se mira con serenidad hacia los decenios recién transcurridos emerge con absoluta nitidez, en diversas partes del mundo, que generaciones

enteras fueron destruidas por la violencia de la ideología que les impedía acceder precisamente a estos valores. Hoy, el riesgo no es menor a causa del insistente relativismo que se propone como valor y modelo, desalentando de hecho toda asunción de responsabilidad. Las jóvenes generaciones, a las que pertenece y de las que depende el futuro, parecen ya privadas de ideales y puntos de referencia que les permitan proyectar su existencia no sólo en virtud del profesionalismo adquirido, sino sobre todo del sentido que se debe otorgar. El fragmentarismo de las propuestas no tiene fuerza propulsora; por el contrario, introduce en un círculo vicioso según el cual todo está encerrado en el callejón sin salida de los propios derechos subjetivos, sin ninguna referencia al vivir social. No es aventurado afirmar que estas generaciones se hallan realmente al borde de un abismo que no consiente mirar hacia el futuro con serenidad y provistos de una identidad que permita permanecer radicados en la historia de la propia cultura y de las propias tradiciones. Es tarea de la Universidad proponer una formación que antes incluso de habilitar a la profesionalidad, se haga cargo de transmitir una memoria histórica capaz de abrazar el presente de cada uno como progresivo desarrollo de una dinámica que tiene su punto inicial en una tradición que nos antecede. Se debe constatar, con pesar, que uno de los grandes descubrimientos que había



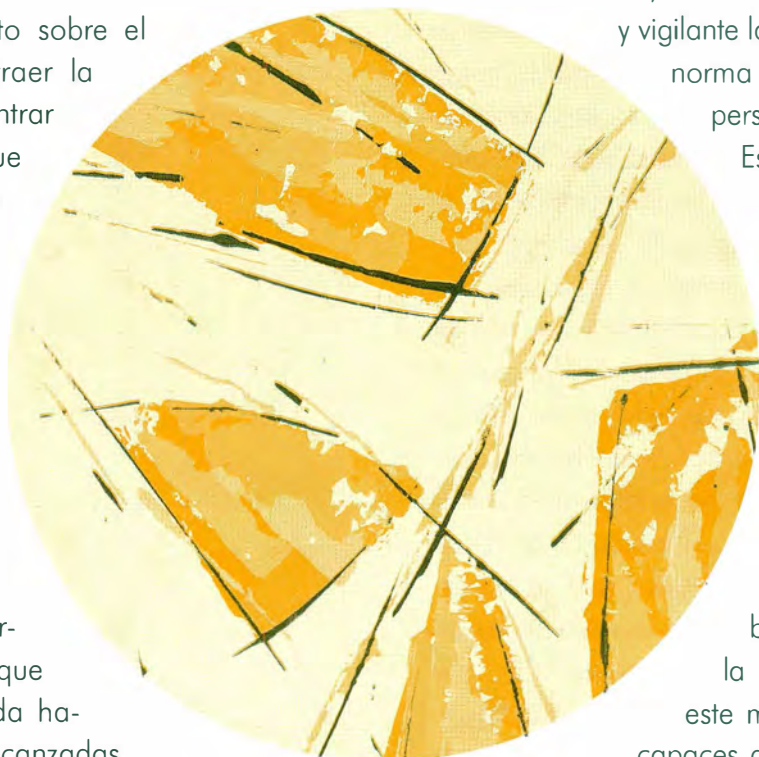
caracterizado al siglo recién pasado está dramáticamente desapareciendo. El siglo XX estuvo marcado por el descubrimiento de la historia, mientras que el XXI parece ponerse a la sombra del olvido de la historia. Se pierde cada vez más, de hecho, el sentido de la historia y de la tradición y con ella la propia identidad personal y social. La Universidad tendría que ser capaz de recuperar y valorizar el sentido de la tradición como forma de transmisión que inserta en un proceso más amplio y que genera conocimiento. La tradición, en efecto, no es solamente la referencia a una historia bimilenaria que en el bien y en el mal nos pertenece. Ella, más bien, señala la participación directa de una viva transmisión del saber que ha inspirado y generado cultura. Para los cristianos, éste es un punto fundamental porque los introduce en una transmisión de la fe que de generación en generación se abre a conquistas siempre nuevas, pero fuertes en el evento central de la resurrección de Cristo, que ha sido inspiradora de cultura y progreso en la vida personal, social y política de poblaciones enteras.

La recuperación del sentido de la tradición y de su valor para la construcción de la sociedad es un camino que la Universidad, quiera o no, está llamada a recorrer. No es sencillo; requiere un esfuerzo de originalidad y una recuperación de espesores especulativo. En algún sentido, sin embargo, el camino es allanado, sea por

la conformidad progresiva de los programas y de las elecciones que las Universidades serán llamadas a realizar en el proceso de globalización en que están comprometidas, sea, sobre todo, por el aporte siempre más incisivo de un redescubrimiento de nuestras raíces como genuino elemento de unidad del occidente. Si los creyentes perdieran el sentido y el peso de la tradición, entonces el riesgo de construir un País únicamente sobre los frágiles cimientos de un interés puramente económico sería irreversible. Si, en cambio, la recuperación de la conciencia histórica actuara como sostén, entonces incluso las objeciones y los escepticismos que acompañan todo cambio podrían ser resueltos y desvanecerse a la vista de la riqueza que la tradición ha sabido mantener. Desde esta perspectiva, la Universidad está llamada a desempeñar un papel en absoluto secundario.

La exigencia ética

Un ulterior aspecto sobre el cual me permito atraer la atención para encontrar otros elementos que favorezcan el redescubrimiento del rol de la Universidad en el aporte de crecimiento que debe dar al País me parece es el de reencontrar el valor fundamental de la ética. En cada época toma cuerpo una conciencia que sabe afinar la mirada hacia las conquistas alcanzadas.



Hoy, adquiere particular importancia el hallazgo científico y tecnológico que abre espacios hasta ahora inimaginables; en algunos ámbitos del saber, ha concluido la larga fase del inicio del conocimiento y lo que será en el futuro ya no será sólo fruto de la fantasía. No debería pues maravillarse que se haga más urgente la demanda ética como expresión de verdad sobre las finalidades mismas que mueven la investigación. Cada uno debería vivir con la certeza de que los nuevos descubrimientos están en conformidad con el universo creado, por estar dirigidos por eruditos que tienen plena conciencia de su responsabilidad y de la integridad de la existencia recogida en un orden que a nadie es lícito modificar, porque no puede ser puesto al servicio de la arbitrariedad o de algunos poderes ocultos. La Universidad es el lugar privilegiado donde estos interrogantes surgen, son analizados, ponderados, discutidos y orientados hacia soluciones. Ella tiene la gran misión de conducir y sostener a cuantos hacen de la investigación su

vocación, manteniendo siempre sólida y vigilante la instancia ética como norma de la responsabilidad personal y del vivir social.

Esto será posible en la medida en que la mirada se mantenga fija sobre la verdad y sobre las instancias que ella pone en acto a partir de sí, para que se evite toda forma que tienda a adormecer la responsabilidad por el bien de la creación entera. Por este motivo deberemos ser capaces de mantener vivas las

preguntas fundamentales que tienden a interrogar sobre quién estará en grado de custodiar la vida del hombre y conservar intacta su conciencia. ¿Cómo podremos entrar en el ámbito de las repercusiones que provocarán nuevas costumbres e inevitables comportamientos como consecuencia? ¿Cómo tendremos la certeza de que el hombre en su actuar se ajustará siempre a su ser como persona? El espacio de libertad que la ética imprime no puede ser reducido por la voluntad de instrumentalizar cada caso en vista de la ganancia sin reglas y del consumo efímero. Sólo una genuina instancia ética puede favorecer la individuación de la verdadera felicidad hacia la cual cada uno tiende y proveer los instrumentos adecuados para no recaer en nuevas formas de esclavitud.

En sus reflexiones reunidas en el volumen *The Idea of a University* de 1852, J. H. Newman escribía: "Cuando la Iglesia funda una universidad, ella no cultiva el talento, el genio o el saber por sí mismos, sino el interés de sus hijos, de sus beneficios espirituales, de su influencia y utilidad para el fin de educarlos por lo mejor para asumir su rol en la vida y para hacer de ellos miembros de la sociedad más inteligentes, capaces y activos... Cuando el intelecto (de hecho) ha sido oportunamente ejercitado para formarse una visión unitaria de las cosas, desarrollará las propias capacidades con mayor o menor eficacia según la particular naturaleza del individuo. En la mayoría de los casos, esto se hace sentir en el buen sentido, sobriedad de pensamiento, razonabilidad, sinceridad, autocontrol y firmeza de convicción... Es objeto de profunda solicitud de la jerarquía católica que su pueblo sea educado en una sabiduría a salvo de los excesos y de las extravagancias de los individuos aislados, encarnada en instituciones que hayan resistido la prueba del tiempo, e impartida por

hombres que no tengan ninguna necesidad del anonimato, avalados como están por el acuerdo entre ellos y con sus predecesores".

Esta expresión puede resultar síntesis de cómo concebir la identidad de la Universidad en un momento de grandes cambios como el nuestro. Que nuestro tiempo está caracterizado por grandes mutaciones que señalan el paso de una época a otra no necesita ser demostrado. Cuando la mente, en el silencio de la reflexión, es capaz de detenerse para captar las mutaciones



de comportamiento y analiza la etiología de su manifestarse, recoge las instancias que permiten verificar la conclusión de una época y el asomarse incierto y fragmentario de una nueva. Sabemos lo que dejamos atrás; difícil establecer qué habrá en nuestro futuro. Abrumados como estamos por la irrupción de conquistas que se imponen con una velocidad tal que permite a duras penas asumirlas en el tejido cotidiano de nuestra vida, no logramos asir siempre el rumbo histórico de los eventos. **Vemos** que el descubrimiento tecnológico empuja para alcanzar objetivos que hasta ayer parecían fantasía y no siempre vemos acompañada a la conquista científica de la responsabilidad ética que permitiría con todo derecho la calificación de progreso. Los hallazgos sobre los secretos más profundos de la vida humana si por una parte abren a la esperanza de ver derrotadas diversas formas de enfermedad; por otra, nos dejan

perplejos en el momento en que vemos que se hace siempre más tenue el horizonte de su sacralidad que impone no sobrepasar algunos confines de los que no podremos nunca disponer sin poner en peligro de mane-

ra irreversible el concepto

mismo de vida personal. Modernidad y posmodernidad, pues, se convierten en términos cada vez más habituales en nuestro vocabulario, pero exigen de nuestra parte atreverse a una acción que posibilite influir al punto de orientar los eventos para que no queden a merced del caso o, peor, de movimientos anónimos que no permiten el pleno desarrollo de la libertad personal. La posible nostalgia de otros tiempos podría fácilmente

infiltrarse como una tentación para apartar la mirada del presente. La visión de fe que nos distingue, en cambio, impone asumir de lleno el momento que vivimos, sabiendo que, de todas maneras, el curso de los eventos lleva consigo una acción salvífica. En otras palabras, a nosotros nos ha sido concedido vivir este momento con las expectativas que le son propias y con las contradicciones que lo distinguen. Es nuestro momento de corresponder a la acción de la gracia favoreciendo el desarrollo dinámico del Reino de Dios que actúa en el drama de los hechos históricos.

Frente a este contexto cultural, el primer cuidado que nos debe caracterizar es aquel de saber mirar al futuro de los jóvenes que aquí encuentran un espacio de formación insustituible. Es para todos nosotros motivo de profunda responsabilidad ofrecerles una enseñanza que cobra fuerza no sólo de la profesionalidad propia de cada docente, sino, en primera instancia, del *testimonio personal como garantía de credibilidad de nuestra docencia*. Esta dimensión no es extraña a la enseñanza, sino que le pertenece en modo esencial y coherente. Lo recordaba con eficacia Pablo VI cuando escribía que: "El hombre de hoy ya no escucha con gusto a los maestros, sino a los testigos y si escucha a los maestros es porque son testigos" (EN 74).

A partir de esta certeza, la Universidad debería construirse como fuente de propuestas para comunicar de manera eficaz a los estudiantes un futuro que los involucre en la asunción de compromisos fundamentales que duran toda la vida. Es necesario hacer comprender que los contenidos de nuestras disciplinas, incluso aquellas aparentemente más diversas, conciernen en primer lugar a la proyección de la existencia. De este modo, se permite a nuestros estudiantes

descubrir lo que es esencial al momento de querer alcanzar una identidad madura y adulta, de realizar elecciones definitivas que no conocen el cansancio por la fatiga del estudio o por la prolongación del tiempo dedicado a la investigación. Es importante que les mostremos el camino para llegar a ser hombres y mujeres que en la inserción progresiva en los diversos roles que asumirán en la sociedad puedan encontrar en ellos la necesaria motivación para completar el pasaje hacia una *misión* que los comprometa al punto de dar sentido pleno a su existencia. En nuestras universidades, en definitiva, pueden encontrar el *humus* fecundo para descubrir su vida como vocación y los instrumentos necesarios para recorrer el camino profesional de la manera más coherente. Sobre los bancos de nuestras Universidades los estudiantes deben encontrar la respuesta genial e inteligente que les permita corresponder activamente a las expectativas de la sociedad en la cual se insertarán con su profesión.

Aquello que la Universidad está llamada a cumplir, en una palabra, es la síntesis inteligente entre estudio y vida, entre búsqueda de la verdad y su experiencia existencial. Ninguna disciplina que encuentra lugar entre nuestros muros escapa a esta responsabilidad. El verdadero desafío colocado delante de todos nosotros es aquel de "saber cumplir el pasaje tan necesario como urgente, del fenómeno al fundamento. No es posible detenerse en mera experiencia... Es necesario que la reflexión especulativa alcance la sustancia espiritual y el fundamento que la

sostiene" (FR 83). Nuestras Universidades, en una palabra, tendrían que ponerse como objetivo la preparación de generaciones de estudiantes que saben mirar hacia el futuro con el optimismo de un compromiso que los inserta en la sociedad y en la Iglesia como jóvenes *responsables*, deseosos de dar *testimonio* creíble de cuanto han aprendido, seguros de una *esperanza* que no podrá defraudarlos y fuertes en el sentido de pertenencia a la institución que los ha formado en una verdadera escuela de vida, dándoles competencia científica y profesionalismo laboral.

El papel de la Universidad, en fin, se extiende en la asunción de un compromiso entre los más arduos del contexto contemporáneo. Esto tiende a producir pensamiento. Un pensamiento arraigado en la viva tradición literaria, humanística, jurídica, científica, histórica, artística, musical... que es el fundamento de la unidad de pueblos diferentes, de culturas diversas y de experiencias múltiples. En virtud de esta misión, las Universidades han sido desde su fundación fuente de pensamiento, que ha creado progreso, democracia y desarrollo. Recuperar y mantener viva esta misión equivale a proponer nuevamente una presencia calificada en el contexto cultural de hoy. En conclusión, me parece que, el fin último de la Universidad en su contribución a la sociedad contemporánea no es otro que éste: producir verdadera ciencia; es decir, formar jóvenes que tengan el deseo perenne de tender hacia la *sabiduría* como expresión culminante del verdadero conocimiento y de la responsabilidad por su participación a todos.

